

con la condicion de que no le habia de dispensar de la residencia. No vemos que el Santo se hubiese prescrito en su método de vida, austeridades ó penitencias extraordinarias; sin embargo, sabemos que ayunaba todos los viernes y sábados, que llevaba habitualmente un cilicio, y que á esto añadia otras maceraciones; pero estaba muy distante de toda ostentacion en este género, porque le parecia que una esteridad rigida no decia bien con el carácter paternal del episcopado. Por lo demás, una vida arreglada y laboriosa, siempre ocupada en el cumplimiento de sus obligaciones, siempre atenta al servicio de Dios y del prójimo, una constancia uniforme y sin ruido, debe mirarse como la mortificacion mas heroica, puesto que es el verdadero sepulcro del amor propio.

No hablaremos aqui de sus limosnas, que fueron prodigiosas, y son verdaderamente incomprendibles, atendidas las rentas de su pobre obispado, que apenas si llegaban á mil escudos. Es verdad que sus bienes patrimoniales, los que no habia querido jamás su padre que renunciase, eran mucho mas considerables, y que el alto concepto que tenian todos de su virtud movia á muchos á enviarle abundantes limosnas, que además el pais de Ginebra era el mas á propósito para mantenerse á poca costa; pero la regla que se habia prescrito de no dejar desconsolado á ningun pobre, de buscar á los que ocultaban su miseria, de visitarlos por sí mismo, ya estuviesen sanos ó ya enfermos, y siempre con la bolsa en la mano, en fin, de gobernarse para su alivio por la ternura de sus entrañas mas que paternas, verdaderamente maternas, forma un enigma que no puede explicarse sino por medio de aquella especie de omnipotencia á que llegan los Santos, privándose de todo lo que no les es absolutamente necesario, y valiéndose de los recursos infinitos de una caridad siempre industriosa y activa, cuando es verdaderamente generosa. En los casos imprevistos echaba mano

de sus muebles, de sus vestidos y aun de su mismo oratorio. Para socorrer á un pasajero que se hallaba en necesidad extrema, entregó unas vinajeras de plata. En otra ocasion mandó vender dos candeleros, tambien de plata, para dar ornamentos á una parroquia muy pobre. Su indulgencia para con sus arrendadores, y generalmente en la percepcion de todos sus derechos, aun para con algunos embrollones, á quienes perdonó las costas considerables en que los habian hecho condenar sus apoderados, estando él ausente, fué tan grande y sin duda alguna mas maravillosa todavia que su caridad para con los pobres.

Emprendió la reforma total de su diócesis, visitó los parages mas remotos é incultos de ella, caminando á pie y sin provisiones por el pais mas áspero y pobre de Europa, alimentándose por lo comun con pan solo, ó con legumbres groseras, y bebiendo el agua en que se deshacia la nieve. En todas partes hizo que floreciese la fé, la virtud y la piedad; restableció la regularidad en los conventos, puso en vigor la disciplina eclesiástica, instituyó conferencias periódicas para conservarla, estableció nuevas casas religiosas, fundó una congregacion de ermitaños en aquella nueva Tebaida, restituyó el orden y la edificacion á las abadías de Six, de Pui de Orbe, de Santa Catalina y de Talloires, y llevó el pan de la divina palabra á muchas iglesias de Francia, donde hizo muchas conversiones ruidosas. En fin, no satisfecho con las ventajas que habia proporcionado á tantas iglesias particulares, ejecutó la grande obra que debia dar unos frutos tan abundantes á la Iglesia universal.

Habia ya mucho tiempo que le causaba un profundo dolor el ver que muchas mugeres aptas para la vida religiosa, eran escluidas de ella, porque su avanzada edad, sus achaques ó la delicadeza de su constitucion no las permitian conllevar los ayunos y las maceraciones acostumbradas en los claustros, y que tenian que permanecer en medio de los tro-

pezos del siglo, con peligro de su salvacion, ó á lo menos con perjuicio de la perfeccion á que podian llegar. Hallándose en Dijon, á donde habia ido á predicar la Cuaresma, movido de las eficaces instancias que le hizo el parlamento de Borgoña, supo allí la tierna piedad y las eminentes virtudes de Juana Francisca Fremiot, viuda del baron de Chantal, jefe de la casa de Rabutin (1). Esta era la colaboradora que le habia preparado el cielo para la grande obra que meditaba. Despues de haber sido ella el ejemplo primeramente de las personas jóvenes de su sexo, con su piedad, con su modestia y con la inocencia y suavidad de sus costumbres, y luego de las casadas, con el arreglo de su conducta, con el prudente gobierno de su casa y con todas las cualidades que hacen á una muger igualmente querida y respetable á su esposo, ofrecia Francisca en Dijon una imagen fiel de aquella viuda memorable, canonizada en otro tiempo en Betulia por la voz pública aun antes de su muerte. Los designios que tenia el Señor acerca de ella mostráronse en la fatal equivocacion con que un pariente de su marido disparó á este un balazo, juzgando que tiraba contra un animal montaráz. La magnanimidad cristiana con que sufrió este golpe y con que hizo los demas sacrificios consiguientes á él, la elevó al alto grado del desprendimiento con que quiere Dios que estén ornados los corazones á quienes se comunica sin reserva. «Dios me le habia dado (esclamó en la mayor fuerza de su afliccion): Dios me habia dado este esposo querido: Dios me le ha quitado. Sea bendito su nombre, y dignese su divina Magestad recibirme por su esposa.» Tomó al instante la resolucion de desasirse de todas las cosas mortales, hizo voto de no volver á casarse, y todo lo que desde entonces se vió en ella fué superior á la humanidad. Para no olvidar nunca su consagracion al divino Esposo, tuvo poco despues el valor

de imprimir en su pecho, con un hierro hecho ascua, el nombre de Jesus. Tambien hizo voto de usar siempre vestidos de lana, y vendió todos sus adornos, distribuyendo su producto entre los pobres. Despidió algunos de sus criados, despues de haberlos recompensado, y quedóse solamente con los que eran necesarios para ella y para cuatro hijos que la quedaban de su matrimonio. Entregóse despues toda á la educacion de sus hijos, viviendo casi siempre encerrada, y empleando el dia en la instruccion, en la oracion y en el trabajo de manos.

Tal era su estado, y nada ansiaba con mas ardor que un guia á propósito para conducirla por los caminos por donde quisiese el cielo que dirigiese sus pasos, cuando se presentó en Dijon el santo obispo de Ginebra. La primera vez que le vió en el púlpito, conoció por un movimiento secreto que aquel era el director que pedia al cielo; y á su vez el predicador, que tambien le observó, tuvo una fuerte presuncion de que aquella era la cooperadora destinada á fundar con él un nuevo orden. Despues de esto tuvo ocasion de hablarla en casa del presidente Fremiot, padre de la piadosa viuda, y tener alguna intimidad con ella por medio de su hermano el arzobispo de Bourges, muy amigo del Santo. Advirtió en ella desde luego una alma fuerte, siempre dispuesta á hacer con prontitud los mayores sacrificios, y llena de una vivacidad tan extraordinaria para todo lo bueno, que rayaba hasta un punto que ya no aprobaba el Santo; pero este ardor estaba acompañado de una docilidad y de una sencillez admirables. En una de las primeras conversaciones, preguntóla el prelado con ánimo de probarla, si para estar aseada, necesitaba todos los adornos que llevaba puestos; y bastó esto para que al punto cogiese las tijeras y se desprendiese de ellos. Despues de algun tiempo de direccion, progresando rápidamente en la carrera de las virtudes, y habiendo pedido ya con empeño que se le permitiese abandonar enteramente el mundo para

(1) Marsol. l. 7.

abrazar el estado religioso, la propuso si quería ser religiosa de Santa Clara, después hermana hospitalaria de Beaune, y por último carmelita. A cada propuesta consintió la generosa viuda con tanta sumisión como si no hubiese tenido voluntad propia. La sabiduría del siglo no aplaudirá sin duda alguna esta docilidad de la penitente, ni el predominio de su director; y en efecto, semejante conducta podría tener sus inconvenientes con respecto á algunas personas exaltadas con una efervescencia de devoción; pero sin hablar de la prudencia del Santo, que era el más versado de su tiempo en la dirección de las almas, ni del gran juicio y espíritu superior de aquella á quien tenía que dirigir, la abundancia de las bendiciones celestiales derramadas sobre su empresa, y la gloria de sus nombres, colocados en los fastos de los Santos, bastan para librarlos de toda sospecha de imprudencia ó de frivolidad.

En fin, cuando vió el santo prelado que aquella muger fuerte estaba dispuesta á todo lo que fuese para mayor gloria de Dios, se explicó claramente sobre el verdadero proyecto que había formado. Fue estremado su gozo al oír al Santo, y sintió una inclinación tan poderosa hacia el nuevo orden, cuyo bosquejo se la presentaba, que no dudó la llamaba por aquel camino el dueño de los corazones. Pero un hijo muy joven, que era la esperanza de una casa ilustre; tres hijas también de corta edad, á las cuales no hacía menos falta; su padre y su suegro ancianos y enfermos, á quienes ni el bien parecer ni la naturaleza misma la permitía dejar abandonados, eran unos obstáculos insuperables, según las ideas de la prudencia vulgar, y mucho más según las de la carne y de la sangre.

Más luego que arregló los asuntos domésticos, se armó de todo su valor, fué á buscar al presidente, su padre; le declaró que desde la muerte de su marido sentía fuertes impulsos de dejar el mundo, á fin de vivir solo para Dios; que temía desagradarle, si resistía más

tiempo á la voluntad del cielo; que su hija mayor estaba casada, y las otras dos en una casa religiosa que era una escuela de virtud; que pues él mismo había querido encargarse de su hijo, no podía estar en mejores manos; que por tanto su obediencia á la voz divina solo dependía de su consentimiento, y que así le suplicaba encarecidamente que se le concediese. Al oír esta proposición el buen anciano, quedó atónito y penetrado de dolor, derramó copiosas lágrimas, y estrechándola después en sus brazos: «¿pues qué, hija mía querida (la dijo), no te merece ninguna atención un padre desgraciado que te ha amado siempre tan tiernamente? ¡Ah! déjame morir, que no tendrás que esperar mucho, y entonces harás todo lo que te agrade.» No le permitió hablar más la violencia del dolor; y aunque estaba bien preparada madama de Chantal, fué el asalto mucho más violento que lo que ella se había figurado. Se enterneció en extremo; pero permaneció firme en su designio. Sin embargo, para no acabar de oprimir á un padre tan amado y tan respetable, le dijo que no llevaría á efecto su pensamiento sin obtener antes su beneplácito. Le consiguió por último después de muchas dilaciones, por medio de una conversación que tuvieron el presidente su padre, el arzobispo de Bourges su hermano, y su santo director el obispo de Ginebra, en cuya rectitud y talento tenía toda la familia la mayor confianza. Convencido el presidente de que no podía continuar oponiéndose sin resistir al mismo Dios: «Conozco, dijo (lanzando un profundo suspiro), que es necesario hacer este cruel sacrificio: él me costará la vida; pero ¿quién soy yo, Dios mío, para oponerme á vuestra voluntad?»

A pesar de unas disposiciones tan cristianas, cuando llegó el momento de la separación, fué el nuevo asalto más terrible que todos los anteriores. El primer objeto que se ofreció á madama Chantal al entrar en casa de su padre, fué su hijo único de edad de catorce á

quince años, hermoso y muy amable por las virtudes que ya iba manifestando. Acudió á arrojarle á su cuello, todo bañado en lágrimas, la tuvo abrazada un gran rato, y dijo en aquel estado todo lo más tierno que la sangre y una índole excelente pueden sugerir. Recibió la madre sus caricias con la ternura que la era natural; se esforzó á consolarle, enjugó sus lágrimas, pudiendo apenas contener las suyas propias; pero aunque poseída de dolor, tuvo fuerzas para pasar adelante é ir á despedirse de su padre. Hizo el hijo los mayores esfuerzos para detenerla, y no pudiendo conseguirlo, se tendió á la larga en el umbral de la puerta por donde había de pasar. «Ya que me es imposible deteneros (la dijo), pasareis á lo menos por encima del cuerpo de vuestro hijo único antes de abandonarle.» Este golpe inesperado la tuvo suspensa algunos momentos, y aunque hasta entonces había contenido las lágrimas, no pudo menos de llorar copiosamente; pero venciendo la gracia á la naturaleza, fué á echarse á los pies de su padre, le pidió la bendición, y volvió á recomendarle un hijo tan digno de ser amado. Aunque estaba ya preparado el anciano, sintió tal pesadumbre al recibir á su hija, que le faltó poco para espirar de repente. Sin embargo, adorando con entera sumisión los consejos del Eterno, la abrazó, y levantando hacia el cielo los ojos, inundados en lágrimas: «¡Oh Dios mío (esclamó) y qué sacrificio me pedis! Pero pues lo queréis así, yo os ofrezco esta amada víctima. Recibid á la hija, y sed el consuelo del padre.» La levantó y la dió el último abrazo, pero no tuvo fuerza para dar un paso con ella.

Al separarse de él, encontró un acompañamiento numeroso que la estaba esperando, y ofreció á su constancia un nuevo combate que renovaba todos los demás. Parientes, amigos, criados, todos se pusieron alrededor de ella derramando un torrente de lágrimas, y repitiéndola con el mayor esfuerzo cuanto la habían dicho su padre y su hijo para disuadirla de su

intento. Lloraba ella también, y no acababa de reponerse de la viva emoción que había experimentado: lo que la causó mucha aflicción, temiendo que se atribuyesen sus lágrimas á alguna especie de arrepentimiento; y procurando mostrar un semblante sereno, «es necesario (dijo) perdonarme mi flaqueza, pues me separo de un padre y de un hijo; pero ellos y yo hallaremos á Dios en todas partes.» Sin más tardanza salió de la casa paterna y marchó á Annecy, donde debía consumar su sacrificio. La esperaban ya en aquella ciudad, y los habitantes más principales, presididos por su santo obispo, salieron á recibirla á dos leguas de distancia.

En fin, el día de la Santísima Trinidad, 6 de junio del año 1610, dió principio esta heroína cristiana con las señoras Faure y Brechar, que habían acudido á reunirse con ella, al establecimiento del piadoso instituto de la Visitación, bajo la dirección y gobierno de San Francisco de Sales. Débiles principios para un orden que floreció con tanta rapidez, pero por lo mismo se vió con más claridad que anduvo allí la mano de Dios. Tampoco pretendió jamás el santo Fundador que fuese obra de la sabiduría humana; antes bien había hecho que la santa viuda, la cual tenía bienes considerables, se desprendiese de ellos á favor de sus hijos, sin exceptuar la viudedad que disfrutaba, no aprobando un establecimiento piadoso que se hubiera formado á espensas de las familias y que quizá habría más bien servido de escándalo que de edificación. El suceso justificó esta conducta, y mostró Dios que cuida de los que se abandonan á su providencia y que aun en esta vida sabe darles ciento por uno.

Después de haber colocado el Santo á sus tres hijas en una casa, donde se había hecho á toda prisa una capilla, con las oficinas regulares, esenciales á una comunidad, las dió unas reglas llenas de toda su afabilidad, y al mismo tiempo de la más alta sabiduría. Como

era necesario admitir á las personas áchacosas y de complexion delicada, las obligó á pocas penitencias corporales; pero cercenando al espíritu lo que concedía al cuerpo, las prescribió un método de vida tan interior y tan desprendido de los sentidos, una disciplina tan exacta, tan sostenida y tan uniforme, que acaso no son tan penosas y tan saludables todas las prácticas de las religiones más austeras. Estando entonces resuelto á que saliesen á visitar á los enfermos, no las obligó á la clausura sino durante el año del noviciado. Tampoco varió la forma del traje que usaban en el siglo, contentándose con mandar que fuese negro, y que se observasen en él las reglas de la más severa modestia. No tardaron en tener un gran número de compañeras, atraídas de su extraordinaria regularidad, de la afabilidad de sus modales, de su sencillez evangélica, y de la unión recíproca que reinaba entre ellas. La madre Chantal, á quien había establecido el Santo por superiora, recibió diez novicias el primer año, y poco después se aumentó su número en tales términos que fué necesario mudar de casa porque no cabían en la primera.

Todas las ciudades se ofrecían á edificarlas monasterios, y pedían á porfía unas religiosas que no podían menos de atraer las bendiciones de Dios á los lugares en que habitasen. Se hicieron tales diligencias con este objeto, que temió el santo fundador arruinar el cuerpo de la orden, dejando que tomase un acrecentamiento tan rápido, y agotar la fuente, como él se explicaba, si se dividía en tantos arroyos antes de que tuviese tiempo de estar bien surtida. Sin embargo, no pudo negarse á las instancias del cardenal de Marquemont, arzobispo de Lyon, prelado de un mérito distinguido é íntimo amigo suyo (1). La madre Faure fué la primera superiora y la principal columna de aquel monasterio importante, don-

(1) Maupas, part. 2.

de adquirió su perfeccion el nuevo instituto y tomó la última forma que ha conservado después. Hasta entonces no era en rigor una orden religiosa, sino una simple congregacion. Se hacian votos, pero votos simples: el traje era modesto, pero secular; no se salia sino para ejercer la caridad, pero al fin no se guardaba clausura: de suerte, que el espíritu de religion que animaba á la madre Chantal y á sus alumnas, era casi lo único que las distinguía de las mugeres del mundo. Temió el cardenal de Marquemont que, después que muriesen aquellas reglas vivas, llegase á introducirse la relajacion y el desorden, si no se le cuidaba de oponerles el dique de la clausura, y si no se fijaba la inestabilidad del espíritu humano por medio de los votos solemnes. Escribió sobre este punto al obispo de Ginebra, fué á buscarle á Annecy para conferenciar con él, y logró que conviniese en erigir en orden religioso el nuevo establecimiento.

Desde luego eligió el santo prelado la regla de San Agustín, como la más conveniente á un orden en que quería que las dolencias no fuesen un título de esclusión (1). Para formar después las constituciones, reconoció las de las varias ordenes, y se gobernó principalmente por las de la Compañía de Jesus, en las que admiraba el Santo (dice uno de sus parientes) la sabiduría, la prudencia, la exactitud y aquella prevision admirable que nada omite de cuanto puede contribuir á mantener la piedad en una orden ocupada en trabajar en la salvacion del prójimo por medio de funciones tan diversas. El santo fundador pone desde luego á la vista el objeto de su instituto, que es precurar la santificacion de todas las personas del sexo femenino que no eran admitidas en las demás ordenes, esto es, de las viudas, achacosas y ancianas, advirtiéndole al mismo tiempo que sus dolencias no sean contagiosas, que no las imposibiliten absolutamente de todo ejercicio re-

(1) Agust. de San. 1. 9.

gular, y que se puedan recibir además de ellas bastantes personas jóvenes y robustas que las asistan, á fin de que unas tengan el mérito de la caridad, y otras el de la paciencia. Atendidas estas disposiciones, creyó que debía dispensar del oficio divino á las religiosas, y solo las obliga al oficio parvo ó de la Virgen. Asi para poder aliviar á las achacosas, como para evitar las distracciones que acompañan á la indigencia y que suelen perjudicar no poco á la vida interior, quiere que sus hijas tengan rentas, pero al mismo tiempo no ha de tener ninguna cosa propia, ni aun en cuanto al uso, cada una de ellas en particular; por lo cual manda que todos los años muden de cuarto, de cama, de libros, de cruces y de rosarios, y generalmente de todo cuanto tengan para su uso. No pueden disponer absolutamente de nada, y ni aun de su tiempo, ni de la labor de sus manos, y apenas tienen dominio sobre sus pensamientos, los cuales deben descubrir á su superiora con una ingenuidad que, por decirlo así, la hace dueña de la llave de sus corazones. Sencillez, desprendimiento, afabilidad, caridad, sujecion absoluta del corazon y del espíritu, son las cualidades que caracterizan esencialmente á las verdaderas hijas de San Francisco de Sales, que fué tal vez el hombre más instruido en el delicado arte de dirigir á las personas del sexo femenino, elevándolas á una virtud tanto más eminente cuanto menos ásperos eran en la apariencia los caminos por donde las conducía.

Supo solicitar tan bien en Roma la confirmacion de este establecimiento, cuya constitucion poco comun experimentaba grandes dificultades, y le protegió tan eficazmente, así el embajador de Francia, como la duquesa de Mantua, que en el año de 1618 erigió Paulo V la congregacion en orden religioso, el cual se aumentó después con tal rapidez, que la madre Chantal antes de su muerte tuvo el consuelo de ver ochenta y siete casas fundadas en Francia y Saboya. Después se propagó por España, Italia, Alemania y Polonia, y en 1789 se con-

taban más de seis mil y seiscientas religiosas en unos ciento y cincuenta monasterios que no habían perdido un ápice de su primitivo fervor, ni de aquella feliz sencillez de que gustan poco los sabios del siglo, pero que el santo fundador de la orden, director el más experimentado en el gobierno espiritual de las personas del sexo débil, miraba como su verdadera salvaguardia.

Por el mismo tiempo se estableció el orden de las Anunciadas celestes, llamadas así por razon del color de una parte de su hábito, y más principalmente por su vida angelical, desprendida casi de todo punto de las cosas de la tierra (1). Dignas émulas de las hijas de San Francisco de Sales, al lado de las cuales las ponemos de intento, y caminando con iguales pasos á la misma perfeccion, cada una por la senda que le está señalada; y así como la sencillez evangélica es el distintivo del orden de la Visitacion, así también la soledad, muy semejante entre las Anunciadas á la del sepulcro, es la verdadera salvaguardia de su regularidad y de su fervor. Muertas más que civilmente, y enterradas en cierto modo para todas las personas del siglo, á escepcion de sus padres y hermanos, con quienes no hablan más de seis veces al año, ni se dejan ver de ellos más de tres, no tienen más trato en la tierra que con sus hermanas en Jesuismo, sin poder estender esta piadosa afinidad, ni aun con pretexto de celo, por medio de la educacion de pensionistas. Estatuto de una sabiduria esquisita; estatuto visiblemente marcado con el sello de aquella sabiduria increada, que, siendo sencilla en sus designios y variada hasta lo infinito en sus caminos, ha querido preparar medios exteriores de salvacion acomodados á todas las disposiciones, y mostrar con los efectos aquel medio que puede suplir casi todos los demás con respecto á las personas del otro

(1) Hist. del Ord. de la SS. Anua. por el P. Salvatierra.

sexo. La soledad, ó la fuga del locutorio, el baluarte de la soledad, ha hecho por sí solo entre las Anunciadas, cuyas austeridades extraordinarias son muy pocas, lo que produjeron en muchas órdenes antiguas los ayunos y las vigilias, el cilicio, la prolijidad y solemnidad de los divinos oficios; pero con la diferencia de que su efecto ha sido de mayor duracion. El retiro y la regularidad, que es su compañera inseparable, son todavía tan exactas entre aquellas vírgenes invisibles, como lo eran en el primer fervor de su institucion; pero tampoco se conocen entre ellas las glosas, las interpretaciones, las observaciones especiosas acerca del espíritu de la regla, imaginadas tan á menudo en otras partes para eludir la letra de ella.

Esta congregacion fué instituida en los primeros años del siglo XVII por una santa viuda de Génova, llamada Maria Victoria de Fornari, bajo la direccion del P. Bernardino Zannoni, de la Compañía de Jesus (1). La aprobó el Papa Clemente VIII en 1604, la confirmó nueve años despues Paulo V, y por último la confirmó de nuevo Urbano VIII. Fué recibida con anhelo en Italia, en Francia, en París el año 1622, en Alemania y aun en Dinamarca, á donde pasó el mariscal de Rantzau, movido de su devocion, á establecerla por sí mismo. El profundo retiro y la modestia no menos severa de estas religiosas ejemplares, son causa de que tengamos muy pocas noticias de las maravillas de la gracia que se ocultan en sus impenetrables asilos; pero exhalan estos un olor de santidad que edifica á cuantos se acercan á ellos.

El espíritu de celo y de restauracion hacia de día en día nuevos progresos entre las personas de uno y otro sexo, y parecia que habian llegado los tiempos, en que derramándose el Espíritu Santo sobre toda carne, segun los divinos oráculos, debia hacer profetizar

(1) Vid. de la Ven. Viud. Fornari, por el P. Spinola.

indistintamente á los hijos y á las hijas de Israel (1). Mientras que la órden de la Visitacion descansaba todavía, por esplicarnos asi, en su cuna de Annecy, hubo en París una muger comparable á madama Chantal, á madama Estonnac y á madama Acaria, que por el mismo tiempo introdujo en Francia la reforma de Santa Teresa, y fué uno de sus mas bellos ornamentos; una muger reverenciada en la ciudad y honrada en la corte, esto es, Magdalena Huilier, señora de Santa Beuva, la cual habia fundado ya la casa de las ursulinas en el arrabal de Santiago, y trató de que se erigiese en órden religioso esta congregacion que era italiana en su origen. La beata Ángela, natural del Estado de Venecia, fué la primera que en el año 1537 reunió en Brescia y puso bajo la proteccion de Santa Úrsula varias doncellas y señoras virtuosas, cuya caridad se ejercitaba en instruir á las personas jóvenes de su sexo, en visitar á los enfermos, y en socorrer á los que estaban en los hospitales y en las prisiones. Paulo III aprobó su instituto, y Gregorio XIII estableció en él la clausura. Se habian multiplicado tanto, y eran ya tan ejemplares en tiempo de San Carlos Borromeo, que recojió este piadoso prelado cuatrocientas de ellas en su diócesis, y las honró con una proteccion particular.

En 1587 fueron introducidas en Provenza, desde donde se esparcieron por otras muchas provincias de Francia, y al fin se establecieron en la capital; pero habiendo enseñado la esperiencia que el medio mas seguro para perpetuar un instituto, y sobre todo para mantener en él la regla y la disciplina, era erigirle en órden religioso, interpuso su autoridad á favor de ellas con buen éxito Mr. de Gondi, obispo de París, á instancias de madama de Santa Beuva. Las permitió el rey que se estableciesen en todo el reino, y á consecuencia de esto concedió Paulo V la bula de erec-

(1) Joel, c. 2, v. 28.

cion (1614). El carácter de este instituto, bastante parecido al de la Congregacion de nuestra Señora, y acomodado, como el de la Visitacion, con un prudente temperamento, á las personas fuertes y á las débiles, contribuyó mucho á que se multiplicase con ventajas para el Estado y aun con gloria para la Iglesia.

Por un fenómeno que aun no se habia visto, el espíritu del apostolado descendió sobre el sexo frágil, y dió alas á las hijas de Santa Úrsula para atravesar el Océano y llevar á los salvajes del Canadá los ausilios de una caridad sin limites y de un celo á toda prueba. No estaba todavía desmontada aquella tierra sedienta de la sangre de sus cultivadores, y lo mas que se habia hecho era arrancar sus primeras espinas, cuando madama de la Peltrie, movida de un santo ardor al oír la relacion de los trabajos que padecian en ella sus primeros Apóstoles, marchó con tres ursulinas para ir á establecer en Quebec un plantel de evangelistas de su sexo. Esto mismo se ha renovado despues, casi sin advertirlo nadie. ¡Tan indiferentes son los admiradores del siglo en órden á las maravillas de la Religion! Desde la capital de Francia, y desde aquel monasterio en que continuaban floreciendo la fé y el fervor de la madre Santa Beuva, una colonia comparable á la de la misma Santa Úrsula, se trasladó á la capital de la cismática Inglaterra, donde no temió hacer alarde de la santa magestad del culto católico, ni aun de ostentar el aparato de las prácticas regulares; y á pesar de todo el furor del fanatismo, se cautivó la estimacion pública, y debilitó, á lo menos en las personas jóvenes cuya instruccion se la confiaba, las preocupaciones que eternizaba allí el error sin ningun obstáculo.

Los primeros apóstoles del Canadá habian principiado sus trabajos (1610) solo un año antes de que se diese la última forma al instituto de sus futuras cooperadoras. Aquel clima duro, y que no produce el oro, habia sido hasta entonces un objeto de desprecio para los

europeos, los cuales, aunque habian ido allá muchas veces á descubrir terreno, no tenían todavía ninguna habitacion estable. En fin, oída la relacion de un caballero de Santonge, llamado Samuel de Champlain, que recorrió el gran rio de San Lorenzo y observó el parage donde está hoy Quebec, Enrique IV animó á los colonos, y les aseguró una proteccion sólida: en lo cual atendiendo este principe á los intereses de la Religion tanto por lo menos como á los del comercio, al momento pidió misioneros para aquel pais; y habiéndose dirigido al P. Coton, eligió este en su Compañía dos operarios hábiles, para dar el primer cultivo á un campo tan herizado de espinas. Dispusieron inmediatamente su viaje, y cuantas personas distinguidas, así en virtud como en autoridad habia en la corte, se esforzaron á porfia en contribuir con sus bienes para los gastos de aquella expedicion apostólica. La reina les dió dinero; la marquesa de Verneuil se encargó de hacerles los ornamentos de iglesia; madama de Sourdis los proveyó de ropa blanca; y la marquesa de Guerecheville, que en cierto modo tomaba sobre sí la carga de todas las demas, suplió con el esmero propio de una madre lo que creia faltaba para completar los preparativos. Habiendo muerto el rey en este tiempo, algunos hugonotes que tenían compañía de comercio con el conductor de los misioneros, protestaron que no permitirian que se embarcasen con ellos los jesuitas; y viéndose obligada la reina á proceder con mucha circunspeccion en los principios de su regeñcia, no se atrevió á usar de rigor con ellos. Fué necesario que madama de Guerecheville, cuyo celo y liberalidad sabia allanar todos los obstáculos, disolviese la asociacion, indemnizando á los socios calvinistas.

Vencida esta dificultad, marcharon en seguida los dos misioneros, desembarcaron en las riberas del rio de San Lorenzo, y hallaron muy pronto lo que habian ido á buscar, esto es, trabajos y peligros sin número, hombres